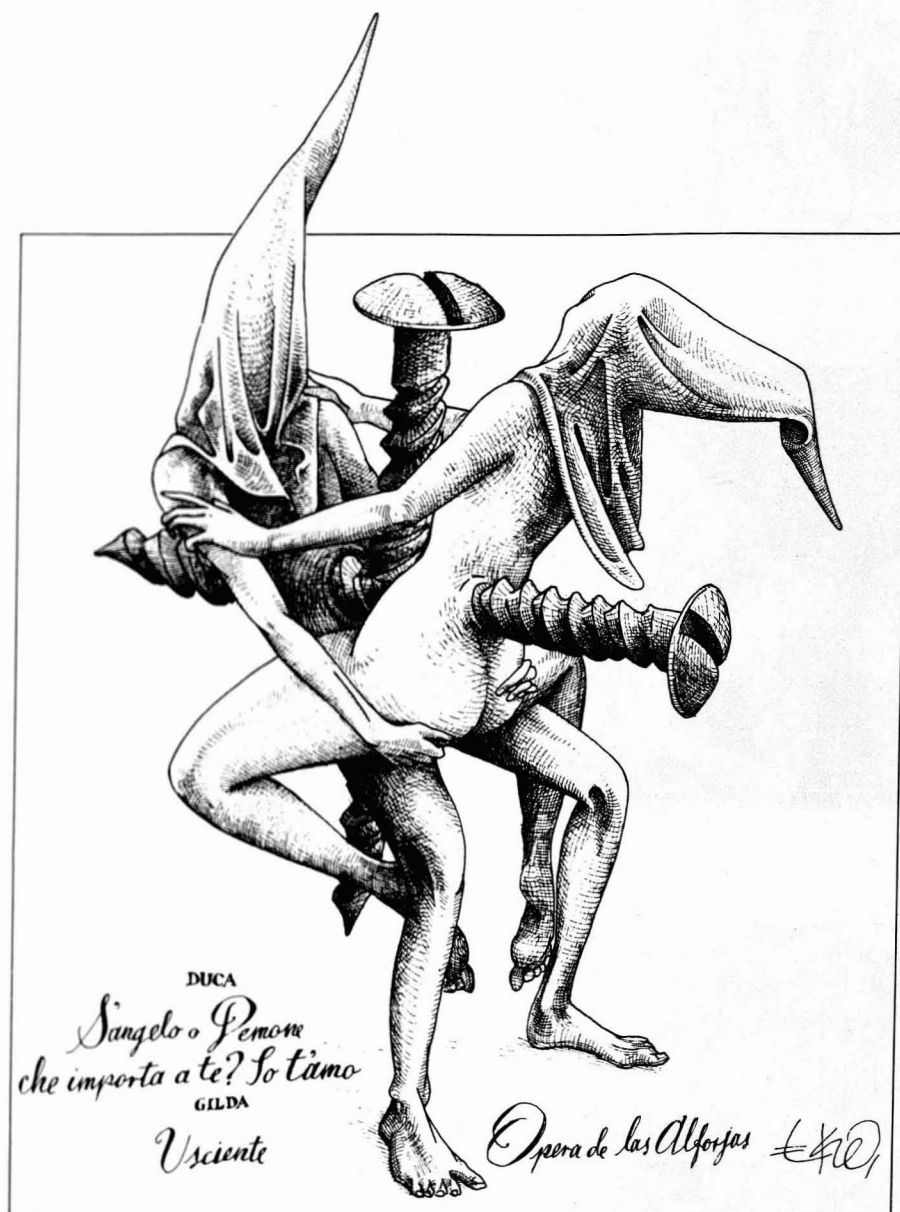


Armando Pereira

Eko y Denisse



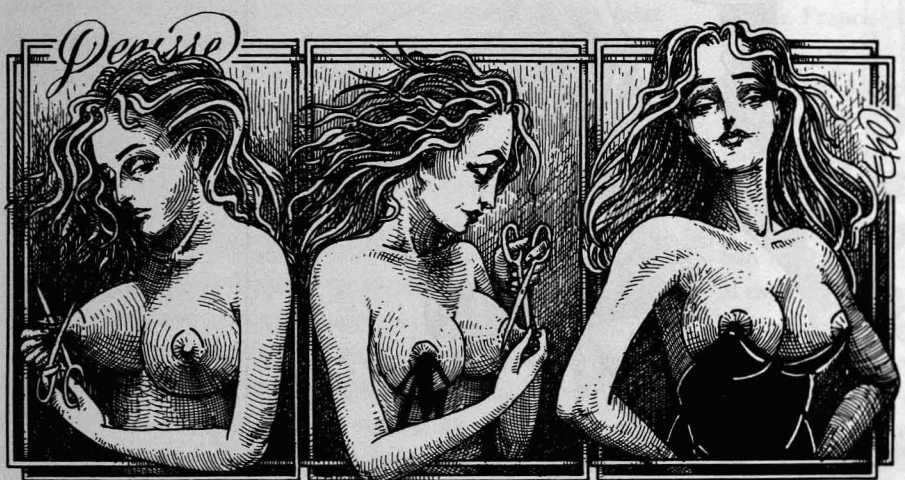
A Eko lo conocí una noche en casa de Amalia. Creía haberlo conocido ya, meses atrás, gracias a *sábado*, pero en realidad a quien conocía era a Denisse, esa mujer extraordinaria que se abandonaba a un placer imprevisible, sin preocuparle mucho la apariencia con que ese placer se le presentaba, un placer francamente obscuro y perverso, un placer que le permitía desplegar su irresistible ninfomanía. Y de alguna manera extraña terminé confundiendo con

Eko. Recuerdo haberle dicho a Eko esa noche que nunca lo había imaginado bajo esa apariencia, que siempre había creído que Eko era una mujer.

Me extrañó también su conducta prudente y recatada, como si midiera cada una de sus palabras y de sus gestos, como si temiera excederse. Creo que todavía intentaba descubrir en él algún guiño de Denisse, algún signo que la develara bajo esa apariencia discreta y ponderada. Ni siquiera cuando

le dimos fin a la botella de whisky apareció Denisse. Y tuve que conformarme con seguirla buscando en el suplemento que dirige Huberto Batis o en las páginas del libro que lleva su nombre (*El libro de Denisse*) y que Eko me había hecho llegar antes de conocerlos.

Lo que siempre me ha atraído en ella es su desfachatez, su absoluta ausencia de principios morales, esa ética, muy suya, que consiste en hacer del



Atto Se
Scena Pri
Opera de la

eko

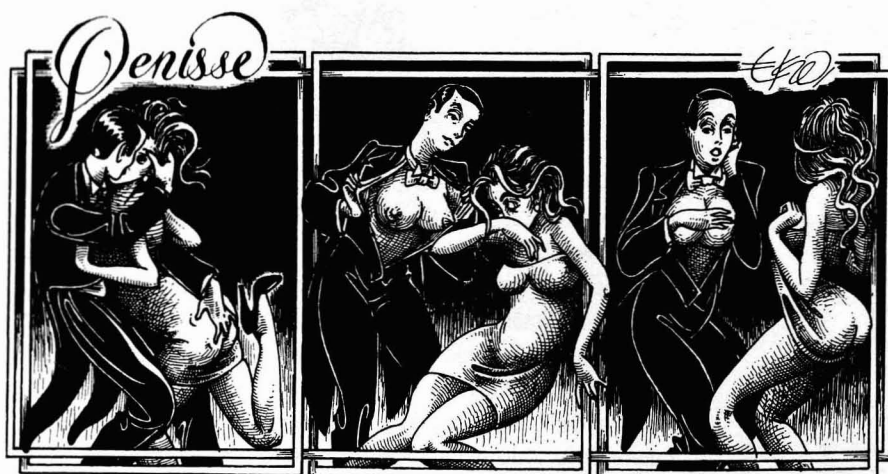


cuerpo y del deseo que lo recorre un espectáculo que abre la sensibilidad del Mirón a otras zonas –inéditas, exploradas–, que Eko sabe llevar hasta sus últimas consecuencias en cada uno de sus trazos.

El cuerpo desnudo de Denisse no sólo se rodea de otros cuerpos –hom-

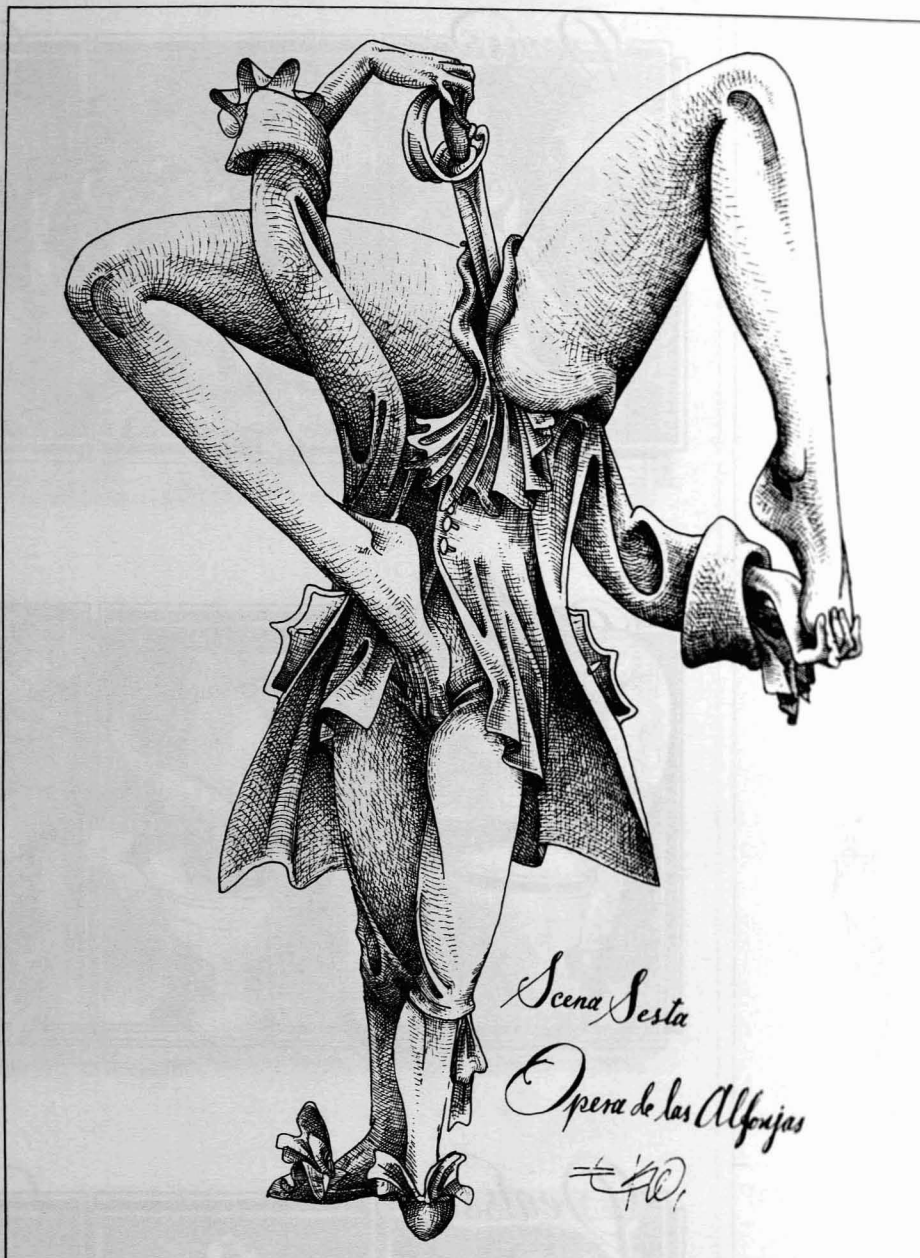
bres o mujeres, sátiros, cadáveres o demonios– con los que fornicia desesperadamente, buscando satisfacer un deseo que de antemano sabe insaciable; se rodea también de utensilios o aditamentos, todo un universo instrumental a su servicio para incrementar el placer: espadas, plátanos, tijeras,

Forjas



inodoros, clavos, collares de perro, látigos, tornillos, que en sí mismos no conllevan nunca un solo sentido; cuyo sentido, más bien, sufre una suerte de metamorfosis incesante en donde lo fálico deviene objeto devorado en el más limpio acto de emasculación o autofagia, en donde el dolor de una inci-

sión en la carne deviene placer secreto y anhelado, en donde el incesto se torna un dulce y tierno acto de fagocitosis mutua: universo maquínico desviado de pronto de su función original y puesto al servicio del placer en donde lo imaginario inaugura un espacio sin límites.



Buscar la presencia de los grandes libertinos —Sade, Von Sacher Masoch, Klossowski, Casanova, etc.— en la obra de Eko, me parece no sólo inútil sino banal. Están en ella, sin duda, pero la obra de Eko va más allá de todo eso. No intenta convertirse en una réplica gráfica de ciertos textos literarios; quiere ante todo escenificar un mundo propio que, por eso mismo, se torna original.

Sin lugar a dudas, el imaginario de Eko está poblado de fantasmas, de monstruos, de figuras atroces y heterodoxas que despliegan un erotismo quizá anómalo, tortuoso, blasfematorio, pornográfico, pero un erotismo que se aventura siempre más allá de toda norma, más allá de las rutinas social-

mente aceptadas y sancionadas por la moral pública. Algunos no podrán más que escandalizarse al contemplarlo —su pudor, su mojigatería los conmina a ello—; otros, en cambio, encontrarán en los dibujos de Eko un cauce, un libre curso para sus propias fantasías. Creo que Eko no busca escandalizar —allá cada quien con su erotismo y su conciencia—; más bien, busca cómplices, busca quizá que esos fantasmas que nos recorren a todos puedan al fin expresarse —en la tinta y en el papel, en la piel y la carne— en un mundo diverso y plural en el que los cuerpos —como quería Barthes— encarnen plenamente el imaginario que los constituye. ◇